

PRESENTACIÓN

Una vida compartida.

Correspondencia de María Zambrano y sus destinatarios

María Zambrano escribió, a lo largo de su vida, cientos, quizá miles de cartas. A juzgar por la abundancia y la asiduidad con la que mantenía sus intercambios, debió dedicarle una buena parte de su jornada a responderlas. Las cartas eran su ventana al mundo. Ora apremiada por las circunstancias, ora buscando novedades de sus editores, siempre con una respuesta lúcida, escribía sin tregua, como si no hubiera mañana. La espantaba el silencio de esa máquina Remington de la que salieron también sus obras. Seguramente, era de las que estaban al pendiente del buzón de la casa. Manifestarse es una de las formas en que se rompe la oscuridad de lo sagrado; si hemos de hablar en un tono que le era próximo, cada carta recibida por la filósofa era festinada como una vuelta, ella, que era una Antígona que había decidido enterrarse en vida. Las cartas, en efecto, la libraban de la mortaja y la volvían a poner en circulación. Sucede que cuando aquella doncella trágica vuelve al ágora, todas las cosas se agitan.

Devenires, en el trigésimo aniversario del deceso de la filósofa, quería rendirle un homenaje y buscaba un motivo para volver a leerla y discutirla. Los coordinadores de este *dossier* encontramos uno suficientemente interesante para los especialistas y lectores: llamar a reconstruir, a través de la literatura menor, la del epistolario, pasajes de la vida y de la obra de la filósofa. ¿Literatura menor? No lo declaramos en sentido peyorativo, pues encontramos que María Zambrano mantiene la misma tensión espiritual en una modesta carta que en un libro de altos vuelos. Muchas de ellas son ya esbozos de un libro futuro y nos permiten ser testigos, *ab ovo*, de una obra que lucha por nacer. También nos permiten asomarnos a sus abismos: su vida no reposó sobre un lecho de heliotropos. Los epistolarios muestran

el lado pascaliano de su existencia, la sensación de ser una nada frente al infinito, la violenta revelación que le da la ciudad de Roma. La respuesta a los llamados a colaborar en este número fue inmediata y hemos podido constatar la vitalidad de la que gozan los estudios zambranianos. Las ricas aportaciones de Iliaris Avilés, Alfonso Berrocal, Denise DuPont, Gonzalo Santonja, Elena Trapanese y Guadalupe Zavala, nos han permitido conocer muchos pasajes sinuosos de su vida. Los epistolarios cubren casi todos los tramos del exilio: Morelia, La Habana, San Juan, Roma, La Pièce.

Convertir a un epistolario en tema de indagación también conlleva algunos riesgos: el voyerismo ramplón, la banalización, la tentación hagiográfica, la condena lapidaria y otras tantas calamidades a las que expone una persona que se ve en la circunstancia de ser examinada por otros, aquellos a los cuales las cartas no han sido dirigidas. Si queremos tomar el pulso de la vida de María Zambrano, basta con asomarnos a estos intercambios. Esta especie de invasión a la intimidad de los corresponsales solamente puede estar justificada por la voluntad de explicar y explicarnos las claves desde las que se construyen la obra y la vida. Escribir cartas es una especie de impulso de *ecce homo*, o, más precisamente hablando, de *ecce mulier*. Nosotros, los lectores, somos esa multitud agitada a la que se dirigió Poncio Pilatos, aquella en cuyas manos está la suerte de una enjuiciada indefensa. Habida cuenta de lo que podemos llamar “retórica zambrania-na”, siempre habremos de encontrar, incluso en las páginas de estofa más teórica, algo íntimo, un giro completamente personal y subjetivo. Aquello que experimentamos al leerla siempre pasa por la sensación de que estamos frente a una persona de carne y hueso. Cruzar cartas, por lo menos a la manera en que María Zambrano lo hizo, consiste en una necesidad de exponer toda la vulnerabilidad a la que se ve sometida una persona. No hay carta que no esté escrita en medio de un naufragio: cuando no es la guerra, es la amenaza del hambre, de la violencia, de la soledad, la incomprensión, verse en la circunstancia de no estar en la tierra que amamos. Toda la filosofía de María Zambrano tiene un tono confesional y eso podría atenuar el escrúpulo que este *dossier* había tenido en su etapa de planificación: en realidad, María Zambrano siempre mostró lo más profundo de sus entrañas en cada línea que escribió.

Mas, ¿por qué escribió tantas cartas? ¿Por qué lo hicieron casi todos los exiliados? Ramón Xirau, fallecido el 27 de julio de 2017, tituló su discurso de ingreso en la Academia Mexicana de la Lengua “De presencia”. He ahí la palabra que nos ofrece la clave para responder a esas preguntas que nos formulamos, movidos por un conjunto de sentimientos que se mezclan entre sí, al tocar esos cientos o miles de páginas, escritas en la intimidad de una habitación, cerca o lejos de donde nos hallamos, pero cómplices inevitablemente de esas confesiones expresadas en letras, guardadas por tiempo en la oscuridad de cajones, maletas, baúles... La correspondencia continua con quienes quedaron en la patria y con quienes fue conociendo y luego dejando, también, en las ciudades que formaron parte del itinerario errante, propio de quien ha sido expulsado de su lugar y trata de asentarse en otro, era el medio de superar la ausencia. Dicho de otra manera, estas cartas trataban de construir una nueva presencia. Ser presente al corresponsal que abría el sobre y serlo, en plural, a quienes recibían las misivas escritas desde lugares a veces insospechados, dirigidas a direcciones casi misteriosas. Esas páginas construían colectivamente una república hecha de letras, portadoras de confesiones, explicaciones y ruegos en busca de refugio para superar la experiencia de la fragilidad. Todo era nuevo: México, Cuba y Puerto Rico, luego Roma hasta la etapa de la frontera entre Francia y Suiza. En cada espacio era dependiente de quienes podían ayudarla; en cada ciudad trataba de pensar y buscar explicaciones a la derrota militar sufrida como forma de no considerarla un fracaso porque ella siempre fue fiel a sus convicciones. Los cientos o miles de cartas son, precisamente, expresión de una esperanza siempre alimentada por los recuerdos y la convicción de que el ser humano es fundamentalmente el “después” que sigue al “entonces”. De la pluma de buenos especialistas, como ya indicamos, podemos comprender mejor cómo esos cientos o miles de cartas cubren todos y cada uno de los giros de una vida curtida a lo largo de un tiempo histórico lleno de contradicciones, a las que busca salida, y de lejanías en las que busca asiento.

El lector tiene la oportunidad de encontrar en estos artículos subrayadas y resaltadas las claves de ese itinerario errante y de conocer mejor a su protagonista, María Zambrano, pero, también, a quienes fueron sus

interlocutores en cada etapa, a través de los asuntos que centraban su atención, de sus juicios sobre temas de fondo o de cuestiones de cada día que dejan al descubierto la lucha por la vida. Al fondo, una persona de carne y hueso y una pensadora cuyas reflexiones mantienen una fuerte vigencia a treinta años de su fallecimiento.

El *dossier* se completa con el Testimonio del profesor Gonzalo Santonja, no solo estudioso del exilio sino afortunado interlocutor, uno de sus protagonistas, por tanto, de esos epistolarios. Editor en 1977 de *Los intelectuales en el drama de España. Ensayos y notas (1936-1939)*, el lúcido texto que contra el fascismo escribiera María Zambrano durante su estancia en Chile, en el primer año de la guerra civil española, cruzó varias cartas con la filósofa que residía en La Pièce por entonces. Se trata de un testimonio muy importante por el momento histórico en que se publicó: dos años después de haber fallecido Franco; por el contenido del libro que, finalmente, incluyó la “Carta al doctor Marañón”, en realidad una protesta contra la actitud de este liberal español ante la República con la que concluía su escrito publicado en Santiago de Chile (1937). Y por una interesante introducción: “La experiencia de la historia” subtitulada entre paréntesis “Después de entonces”. Un ejercicio de cómo mirar atrás sin volver atrás. Esas dudas de María Zambrano, en los albores de la transición democrática en España, centraron la correspondencia con su editor. Se da a conocer, por vez primera, este testimonio de gran importancia, no solo para un mejor conocimiento de la biografía zambranianiana sino, sobre todo, para escudriñar los entresijos del alma de una exiliada, cuarenta años fuera de España, cuando ya se entreveía la recuperación de la presencia “real” en su propia patria. Como es sabido, María Zambrano regresó en noviembre de 1984 y falleció el 6 de febrero de 1991. Los epistolarios aquí estudiados cubrieron el itinerario de todos esos años, expresión de la presencia íntima y de una república hecha de letras y palabras de la que participamos como lectores.

Víctor Manuel Pineda Santoyo (Universidad de Morelia)
José Luis Mora García (Universidad Autónoma de Madrid)